G. ALBERIGO (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II. Vol. I. El catolicismo hacia una nueva era. El anuncio y la preparación (enero 1959-septiembre 1962)*. Edición española a cargo de E. Vilanova. Ediciones Sígueme (Salamanca 1999). 493 págs. ISBN: 84-301-1377-0.

La presentación de este primer volumen de la *Historia del Concilio Vaticano II* ha de comenzar evaluando la iniciativa misma de describir dicha historia cuando sólo han transcurrido treinta y cinco años de la clausura de aquel acontecimiento eclesial. Este proyecto de una exposición científica sobre el Vaticano II, promovido por el Instituto de Ciencias Religiosas de Bolonia y coordinado por su Director, Giuseppe Alberigo, es una empresa encomiable y arriesgada. En ella colabora un nutrido equipo internacional de historiadores de la Iglesia y de la Teología, que pretende tanto la reconstrucción histórica del acontecimiento como el análisis y valoración del alcance y significado del Concilio Vaticano II. La primera pregunta sería ésta: la tarea de escribir una monografía sobre el Vaticano II, ¿no está imposibilitada por la pequeña distancia que nos separa del evento eclesial y de la actualidad que ello conlleva? Quizás para el historiador la distancia temporal sea escasa; pienso, sin embargo, que el Concilio y sus mejores intuiciones están sujetos a un rápido proceso de olvido. Compete, pues, a los historiadores de las ideas la noble tarea de redimir el Concilio del olvido y de la fugacidad. Esta obra grandiosa —proyectada en cinco volúmenes— arranca de este interrogante radical: «¿Cómo se llegó a la aprobación de las decisiones del Vaticano II?». Y, sobre todo, hay que explicar: «¿Cómo se desarrolló efectivamente el Vaticano II y cuál fue su significado?» (p. 10).

Treinta tantos años de distancia implican una situación histórica diferente de aquella en la que la asamblea conciliar vio la luz. Gran parte de los hombres que protagonizaron o vivieron directamente el Concilio han desaparecido o se encuentran retirados de sus responsabilidades eclesiales y sociales. Generaciones que no

Universidad Pontificia de Salamanca

han vivido el esplendor del acontecimiento oyen hablar del Vaticano II con la misma sensación de antigualla con que oyen hablar de la segunda guerra mundial. Y, lo más llamativo de todo, es que el Concilio —como todo concilio— no se realizó pensando en un futuro a corto plazo, sino con la mirada puesta en un horizonte más lejano, según ese mecanismo profundo de la vida de la Iglesia que es el proceso de «recepción» y que vale de modo eminente para la vida conciliar. Sobre ello ha insistido Juan Pablo II en su carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994): «La mejor preparación al vencimiento bimilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia» (n. 20).

Nos hallamos, sin duda, ante un importante proyecto que actualiza e interpreta el mayor de los acontecimientos eclesiales de la Iglesia Católica en el siglo XX. El significado científico de esta obra reside en el hecho de que la base del material investigado contemple no sólo las actas conciliares, sino también una serie de testimonios y legados de Padres y de teólogos conciliares, que ahora son valorados por vez primera de forma sistemática (así, en este primer volumen, los diarios de Congar, de Tromp, o de Döpfner).

Este volumen primero, que aquí presentamos, se ocupa del largo período de preparación del Concilio Vaticano II que se extiende entre el anuncio conciliar de Juan XXIII, el 25 de enero de 1959, y el inicio de su celebración, el 11 de septiembre de 1962. Esta larga etapa de preparación constituye ya una de las características específicas de esta asamblea conciliar. Este tiempo fue testigo de un debate dramático entre las diversas ideas sobre el Concilio y su realización. Una vez examinada cuál fue la intención primera del papa Juan XXIII al convocar un Concilio, un «gesto de tranquila audacia», los cuatro volúmenes restantes de esta *Historia del Concilio Vaticano II* irán recorriendo sucesivamente los cuatro períodos de la celebración de la asamblea, así como esas fases decisivas que son las intersesiones correspondientes.

El primer capítulo, salido de la pluma de G. Alberigo, trata del anuncio y de la concepción del Concilio del Papa Juan XXIII, de la sorpresa, la alegría y los recelos que provocó la convocatoria de un concilio «pastoral». La temática llega hasta la formación de la «comisión ante-preparatoria». El segundo capítulo, que se debe a E. Fouilloux, se ocupa de la «fase ante-preparatoria», es decir, desde mediados de 1959 hasta mediados de 1960. Esta sección ofrece un laborioso y pormenorizado análisis de los *vota* (hasta 2150) recabados entre los Padres conciliares e instituciones eclesiales. Sabido es que aquel inmenso número de *vota* fueron «filtrados» por la comisión ante-preparatoria bajo el cardenal secretario Tardini según el patrón de los manuales canonísticos y teológicos al uso.

Universidad Pontificia de Salamanca

Mientras una línea avanzaba en la dirección de «coronar cuatro siglos de intransigencia» (condena de errores en la línea del *Syllabus*, de los documentos anti-modernistas, o de *Humani generis*), reclamando nuevos dogmas marianos, otra línea caminaba tímidamente siguiendo la ruta reformista que se abrirá paso.

El capítulo tercero es el más voluminoso; en él, J. Komonchak refleja la lucha por el Concilio durante la fase de preparación propiamente dicha, tanto en el trabajo de la comisión central como en el de las comisiones correspondientes. Aquí se perfilan ya Ottaviani y Bea como las dos figuras prominentes de los partidos conciliares. Aquella comisión central tuvo ya la apariencia de un «concilio en pequeño». Sin embargo, salvo los trabajos realizados en el marco de la Comisión litúrgica y del Secretariado para la unidad de los cristianos, el resto de las comisiones parecía trabajar de espaldas al espíritu del *aggiornamento* querido por Juan XXIII. Esa función de ensayo del Concilio ejercida por la Comisión central es sumamente interesante. Me parece necesario subrayar, frente al tópico del concilio «pastoral», el carácter de concilio «doctrinal» que esta sección pone de manifiesto (p. 211ss) y se desprende de los temas abordados: la relación entre Escritura y Tradición, la pertenencia a la Iglesia, el origen de la jurisdicción episcopal, etc.

O. Beozzo expone en el capítulo cuarto el «clima exterior» en torno al Vaticano II, indagando cómo periodistas y rotativos pudieron seguir el evento conciliar. El interés se iba a fijar en los temas de la unidad, de la reforma y del episcopado. El Concilio despertó también un notable interés en la asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias celebrada en Nueva Delhi (1961). Poco interés despertó en el mundo musulmán y judío. Los meses de julio, agosto y septiembre del año 1962, es decir, las vísperas del Concilio, han sido estudiados por K. Wittstadt en el capítulo quinto. El profesor de Würzburg analiza desde el envío de los primeros siete *schemata* hasta la llegada de los Padres a Roma en agosto de 1962.

G. Alberigo firma el capítulo conclusivo de este volumen, que lleva por título: «Preparación, ¿para qué Concilio?». Tanto en este capítulo final como en el capítulo inicial brota la pregunta por «el enigma del papa Juan XXIII»: «¿Cuál era el tipo de concilio al que intentaba dar vida el papa Juan? ¿O es que no es posible plantear esta pregunta por la falta de definición de los propósitos del Papa...? ¿O es que estamos ante una voluntad concreta y bien determinada, pero cuyo objeto no encaja en ningún modelo preexistente y plantea por tanto problemas delicados?» (p. 50). Alberigo cierra la obra constatando que «se había emprendido el camino hacia un concilio de transición entre dos épocas». Seguimos —según parece— ante el enigma de Juan XXIII. Se echa en falta las precisiones que sobre la idea de concilio de Juan XXIII ha hecho H. J. Sieben desde la figura de Borromeo y la espiritualidad

Universidad Pontificia de Salamanca

ignaciana (cf. *Die katholische Konzilsidee im 19. und 20. Jhd.*, pp. 278-308). En relación a la etapa preparatoria, Komonchak acaba reconociendo: «Quizás la cuestión más importante que les queda a los historiadores, que deben plantearse y que sólo cuando dispongamos de mucha más documentación será posible responder, es la relación del papa Juan XXIII con el proceso preparatorio que acabamos de examinar» (p. 326).

Estos son los límites que los mismos autores reconocen. Ahora bien, la reconstrucción histórica puesta en marcha deja obsoletas muchas monografías. Esta empresa de escribir la historia del Vaticano II tiene, además, el valor sobreañadido de recuperar la historia de la redacción de los textos y documentos sin ocultar las tensiones y forcejeos en los que se decanta la fuerza innovadora del proyecto conciliar de Iglesia. Decíamos más arriba que esta obra actualiza e interpreta. Se ha hablado hasta la saciedad de la ambigüedad de los textos conciliares a expensas de un querer alcanzar el consenso más amplio. Se ha visto en ello su gloria y su debilidad; la gloria por la búsqueda honesta de la mayor unanimidad moral para aprobar los documentos; la debilidad por haber tenido que pagar el precio de la inserción de enmiendas o de «modos» de última hora que insinuaban en la letra del texto aprobado sentidos y sabores que no se compadecen bien con el espíritu general del documento. De ahí que el cardenal Suenens sugería esta tarea: «corresponderá a los historiadores el extraer de la ganga de los incisos y de los circunloquios las afirmaciones básicas y centrales» (J. Suenens, *La corresponsabilidad en la Iglesia* (Bilbao 1969), 18. En este volumen primero se da ya cumplimiento a este *desideratum*. Frente a lecturas planas, ajenas a una hermenéutica seria, este profundo trabajo de investigación histórica merece la pena, sobre todo si se considera que el Concilio entraña un proyecto de Iglesia a largo plazo.

SANTIAGO MADRIGAL

B. SESBOÜÉ, *Por una teología ecuménica*. Secretariado Trinitario (Salamanca, 1999) 379 págs. ISBN: 84-88643-45-4.

Esta obra es una recopilación de artículos del conocido ecumenista y jesuita francés B. Sesboüé. Hay que hacer de entrada la siguiente observación: si el original francés vio la luz en 1990 (Les Éditions du Cerf), esta miscelánea recoge trabajos fechados en 1971 —el más antiguo— hasta el más reciente, de 1988. Todos estos textos guardan —se dice en la Introducción— una «unidad de inspiración»; el autor reconoce honestamente que algunos «pueden resen-

Universidad Pontificia de Salamanca

tirse del momento en que se escribieron». En el ámbito de la literatura ecuménica la cronología es de capital importancia, y a lo largo de estos últimos años se han ido logrando metas que hace pocos decenios parecían inalcanzables. Baste señalar y recordar los acuerdos sobre la justificación por la fe o sobre la autoridad en la Iglesia. Hechas estas precisiones, hay que decir que el libro pone ante los ojos los temas fundamentales que vienen preocupando al movimiento ecuménico en los últimos treinta años. Este libro ofrece, en conjunto, una panorámica del ecumenismo de los años setenta y ochenta. Ello le confiere un gran valor en la dirección en la que apunta su título genérico: *para una teología ecuménica*. Cabe destacar, además, la claridad expositiva en temas complejos por parte de este notable ecumenista que ha participado activamente en el Grupo de Les Dombes y en el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad. Hechas estas anotaciones podemos introducirnos en el contenido de este libro que, temáticamente, está muy bien trabado.

Las distintas contribuciones han sido agrupadas en seis apartados. Las dos primeras partes recogen cuestiones previas al ecumenismo y tienen un carácter introductorio. La primera recuerda la importancia que en el ecumenismo desempeña la exigencia espiritual de la conversión. La segunda sección ofrece una visión general del contencioso que divide a las Iglesias y plantea la autoridad de los acuerdos doctrinales alcanzados por las Comisiones mixtas. El núcleo de la obra está ubicado en las tres secciones centrales que tratan sucesivamente de la Iglesia y los sacramentos (3), la eucaristía (4) y los ministerios (5). Ahí reconoce Sesboüé que en el problema de los ministerios y de su mutuo reconocimiento constituye «el punto de resistencia que bloquea el progreso de las Iglesias hacia su unidad visible» (p. 278). La obra se redondea con un último apartado que se centra en María como problema ecuménico. Los dos capítulos que componen esta sección son los más recientes (de 1988); subrayan que la cuestión mariana es ineludible en el diálogo ecuménico, abogando por una «teología mariana integrada» (p. 350 ss). Un breve capítulo, dedicado a examinar la relación entre unidad y pluralismo, pone punto final a este libro que introduce con lucidez en el corazón de la problemática ecuménica.

SANTIAGO MADRIGAL

ARMANDO BANDERA O.P., *La Iglesia de Roma. Leyendo el Apocalipsis*, Imprenta Kadmos (Salamanca 1999), 168 págs.

Libro en verdad extraño, a partir de la misma portada, donde se reproduce el *Signum Ordinis Sanctae Trinitatis et Captivorum*,

Universidad Pontificia de Salamanca

que el hermano Juan de Mata hizo colocar sobre la puerta principal del convento trinitario de Santo Tomás in Formis, sobre el Monte Celio, Roma, en los años 1209-1211. Esta es el Sello de Reconciliación o Redención que Cristo glorioso realiza sobre el mundo, vinculando y liberando al mismo tiempo a un cautivo blanco (cristiano) y a otro negro (posiblemente musulmán). Sería muy posible que el autor de este libro, teólogo dominico de larga trayectoria de fidelidad a las tradiciones romanas, haya querido vincular de este manera su proyecto teológico al proyecto redentor de San Juan de Mata, fundador genial de los trinitarios, vinculando desde el centro de Roma, en un mismo camino de libertad supra-eclesial (o proto-eclesial) a cristianos y musulmanes, a creyentes de diversas confesiones.

Pero este es un libro extraño y el contenido parece dirigirse en otra línea, no de comunicación y redención universal entre cristianos y musulmanes y cristianos de diversas confesiones, sino de exaltación de la Iglesia romana. El Apocalipsis, que podría haber servido de vínculo de unión para creyentes de diversas confesiones, en este final del segundo milenio, viene a entenderse aquí como libro de exaltación de la Roma cristiana.

Por otra parte, es significativo el hecho de que el autor, teólogo venerable de la gloriosa Comunidad Dominicana de San Esteban, no lo haya publicado en la editorial de su convento (Ediciones San Esteban, Salamanca), sino a su costa y riesgo (con el Imprimatur del Provincial dominico), en la imprenta Kadmos de Salamanca. Quizá esto se debe a la misma tesis del libro. A su juicio, tanto la isla de Patmos, como las «siete iglesias» de Asia y el resto del argumento del Apocalipsis se refiere a Roma, que empieza apareciendo como lugar privilegiado de la tentación diabólica, para convertirse en centro y esencia de la Iglesia universal. De esa forma, el Apocalipsis, último libro de la Biblia, vendría a presentarse como testimonio privilegiado del primado católico de Roma. Hace años, el P. M. García Cordero, compañero y hermano de la comunidad del P. Bandera había publicado un hermoso comentario sobre el Apocalipsis (*El Libro de los Siete Sellos*, AD, San Esteban, Salamanca 1962), con tesis muy contrarias a las de nuestro autor, en la editorial de su convento. A mí me hubiera gustado que también este hubiera aparecido en la misma editorial; por alguna razón que yo ignoro, el P. Bandera ha preferido publicarlo por separado, sin el respaldo de la editorial de su casa salmantina.

El P. Bandera había ya publicado otro libro sobre el mismo tema: *¿Patmos? ¿Roma? El Apocalipsis*, Ed. Casals, (Barcelona 1997). Aquí reitera lo allí dicho, interpretando el Apocalipsis como libro de profecía fundante, carta de identidad de la Iglesia de Roma, en la que viene a condensarse la suerte de todas las Iglesias. El «cielo» en que antes reinaba el Dragón es la ciudad de Roma (Ap 12), lugar

Universidad Pontificia de Salamanca

donde la Iglesia ha tomado plena fuerza, se ha centrado y establecido para siempre (cf. pp. 36-40). Por la predicación y ministerio de los dos testigos y mártires (Pedro y Pablo), la Iglesia de Roma quedó convertida en «corazón de la comunidad católica esparcida por el mundo», como se confirma aduciendo unas palabras de Juan Pablo II, como motivo de la entrega del palio a diecisiete metropolitanos, el 29 de Junio de 1992 (p. 40). Así se podría decir que el Apocalipsis ha sido y puede seguir siendo el «evangelio» fundante de la Iglesia universal centrada en Roma.

Lógicamente, las *siete iglesias* de Ap 2-3 no son comunidades cristianas esparcidas por la vieja provincia romana de Asia (en la actual Turquía) donde el autor del Apocalipsis habría realizado antes su ministerio, sino siete momentos y rasgos de la única Iglesia de Roma, que así aparece como esencia y centro de la Iglesia universal (cf. p. 50-51). De esa forma, la ciudad e Iglesia de Roma queda casi hipostasiada, apareciendo como *signo y plenitud del mal* (era la Ciudad del Diablo, Dragón de las Siete Cabezas) y *principio y roca de la salvación* (es la ciudad del Espíritu de Dios, expresado en los siete candelabros; cf. pp. 54-59). Por eso, toda la historia de la humanidad se juega y decide en torno a esta ciudad de Roma, con sus siete colinas de poder satánico, con los siete momentos de su Iglesia, que reciben nombres simbólicos de ciudades de Asia (Éfeso, Esmirna, Laodicea, Pérgamo, etc).

El futuro de la humanidad, el sentido de la historia, se decide en esta «minúscula Iglesia» de Roma (p. 85) donde por voluntad de Dios se ha condensado el riesgo del Diablo y la verdad de la redención de Cristo. El mismo nacimiento glorioso del Redentor está vinculado al testimonio y vida de la comunidad cristiana de Roma. La impotencia del Dragón en su lucha contra la Iglesia de Roma (Ap 12) decide el sentido de toda la historia posterior. Roma es la «roca» en que se asienta el resto de la Iglesia universal; por eso, la victoria de la Iglesia romana contra el Dragón es garantía y principio de victoria para el resto de la Iglesia (cf. p. 156-157). En ese contexto se afirma, con Ignacio de Antioquía, que «Roma preside la asamblea universal de la caridad», en plano de testimonio y autoridad (p. 161).

Estas son las tesis fundamentales de este libro que hemos presentado como «extraño». El autor conoce la extrañeza de sus afirmaciones, presentando sus tesis de una forma ejemplarmente modesta, «porque carezco totalmente de especialización bíblica» (p. 14). Por eso añade que «los expertos dirán si mi lectura del texto bíblico es acertada o errada» (p. 15). Tengo el convencimiento de que los expertos defenderán la segunda opinión: este libro del P. Bandera defiende posturas «erradas» o, mejor dicho, discordantes y poco acordes con el sentido original del texto, como yo mismo he podido postrar en otro lugar (*Guías del Nuevo Testamento. Apoca-*

Universidad Pontificia de Salamanca

lipsis, Verbo Divino, Estella 1999), defendiendo una serie de tesis que aquí no puedo repetir. Por otro parte, la lectura de este libro, centrado apologéticamente en el valor universal de la Iglesia de Roma, casi hipostasiada como roca y centro de la Iglesia universal, no puede servir de ayuda para el diálogo ecuménico, que actualmente se entabla entre las Iglesias.

A pesar de todo, como amigo de la libertad y de la búsqueda multiforme de la Iglesia cristiana, me alegro por la publicación de este libro. Por eso, desde este humilde lugar de *Diálogo ecuménico*, quiero mostrar mi agradecimiento teológico y cristiano al Prof. Bandera por su larga trayectoria intelectual y cristiana.

XABIER PIKAZA

Universidad Pontificia de Salamanca